

CRITERIOS PARA LA LECTURA DEL DOCUMENTO DE APARECIDA.

El pre-texto, el con-texto y el texto

Al escribir este artículo todavía no se contaba con la publicación oficial del Documento de Aparecida, que fue enviado al papa para su aprobación. Pero el autor, basándose en el documento conclusivo de la Asamblea, traza una serie de criterios encaminados a preparar a los lectores para una buena interpretación y “recepción” del Documento. Al leer el Documento es preciso tener en cuenta los tres diferentes momentos en que se desarrolló la Conferencia: su proceso de preparación y las circunstancias que rodearon el evento de la Asamblea (pre-texto), quiénes fueron sus actores, con quiénes interactuaron y cómo trabajaron (con-texto), y el “texto” en sí. Se llega a la conclusión de que la V Conferencia es más que el Documento de Aparecida. Éste es un texto que, para ser leído y “recibido” en toda su riqueza, necesita ser puesto en estrecha relación con su “pre-texto” y su “con-texto”, en los que podemos encontrar el espíritu del texto, sin el cual el Documento se vuelve letra muerta.

Criterios para la lectura del Documento de Aparecida. El pre-texto, el con-texto y el texto, Revista Latinoamericana de Teología 71 (2007) 161-180.

EL “PRE-TEXTO” DEL DOCUMENTO

Al leer el Documento es preciso tener en cuenta dos momentos distintos del “pretexto”. El primero, el “antes” del texto, consistió en todo el proceso de preparación: la definición del tema, el lugar de la conferencia, las reuniones preparatorias, los estudios y las contribuciones de las comunidades eclesiales y de otros sujetos, etc. El segundo momento es el “durante” del texto del Documento: el evento de la asamblea, el ejercicio de la colegialidad episcopal y los proce-

dimientos en la elaboración de un texto. El “antes” y el “durante” conforman así el contexto histórico del texto y, sin su debida explicación, la tarea de la hermenéutica se tornaría imposible.

El proceso de preparación

De los diferentes elementos pertenecientes al “antes” del texto sólo abordaremos el más significativo: las contribuciones de las co-

comunidades eclesiales e instituciones de la iglesia en todo el continente como respuesta al *Documento de Participación*.

Durante el período de preparación, y en dirección casi opuesta al espíritu de esas contribuciones, se publicaron el mencionado *Documento de Participación* y el texto de *Síntesis de las Contribuciones Recogidas*, elaborados ambos por el CELAM. El primero, como atestiguan las contribuciones de las comunidades eclesiales, prácticamente no fue “recibido” por la iglesia en el continente. Y el segundo, en gran medida, no recogió, como era su función, las contribuciones de las iglesias locales. Las contribuciones del Brasil, por ejemplo, están casi ausentes de la *Síntesis*.

Por su parte, los delegados a la V Conferencia se comportaron, en su gran mayoría, como verdaderos delegados de sus comunidades y llegaron a la Asamblea cargados de las “alegrías y las esperanzas, de las tristezas y de las angustias” expresadas por su pueblo. El texto de la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil (CNBB) con las contribuciones de la iglesia en el Brasil, por ejemplo, influyó en una serie de textos previos a la Conferencia y causó quizás más impacto en los delegados de otros países que entre los propios obispos delegados brasileños. La CNBB goza de gran prestigio en el continente, aun cuando sea mal comprendida e incluso temida por ciertas instancias de la iglesia.

Insertos en un momento de crisis

Un segundo criterio a tener en cuenta es la postura ante el momento actual de crisis. Se temía un documento lleno de “certezas” en un mundo de incertidumbre y en crisis de identidad personal, colectiva e institucional. Pero no fue así. La V Conferencia hizo evidentes las “grandes transformaciones” por las cuales pasamos, denunció a los que adoptan posiciones eclesiológicas y doctrinales anteriores al Vaticano II e invitó a los cristianos a asumir la cultura actual, pese a estar marcada por contradicciones y ambigüedades. La Conferencia de Aparecida pasó página “hacia delante”, ciertamente no todas las necesarias, pero sí las suficientes para situarnos, como iglesia, en el mundo de hoy y caminar juntos con toda la humanidad. La Conferencia enterró la cristiandad, como ya lo había hecho el Concilio, acallando las voces que se hacen eco de un pasado sin retorno. La única garantía de futuro es correr el riesgo de convivir con lo que es diferente y que ya está emancipado de la tutela de la iglesia.

La reafirmación de la tradición latinoamericana y caribeña

Un tercer elemento es que, contra todo pronóstico, la Conferencia de Aparecida reafirmó y reasumió la tradición latinoamericana y ca-

ribeña. El texto final reafirmó y radicalizó la opción preferencial por los pobres. Con *Medellín* reasumió las comunidades eclesiales de base (CEBs) como “célula inicial de la estructura eclesial”. Retomó el método inductivo de la lectura de la Palabra revelada y del compromiso pastoral en sintonía con los desafíos de la realidad, el método de ver-juzgar-actuar de la Acción Católica. Y reafirmó la necesidad de un cambio, a la vez de la persona y de las estructuras de la sociedad, como condición para una sociedad justa. Fue una toma de postura impensable en la actual coyuntura eclesial, donde parecía que tomaba fuerza la tendencia eurocentrista, fuertemente preconciiliar.

A diferencia de lo ocurrido en Santo Domingo, los representantes de esta tendencia que estuvieron presentes en la Asamblea llegaron a Aparecida golpeados por la crítica situación de la iglesia en Europa, que prácticamente agoniza. Europa es un estado sin pueblo, sin alma, inmersa en el consumismo y empeñada en exculturar las últimas raíces cristianas. En América Latina y el Caribe, en cambio, a pesar de estar también inmersa en un contexto de crisis y con sangría de seguidores hacia otros grupos religiosos, la iglesia abarca todavía casi el 80% de la población y cuenta con una inmensa red capilar de pequeñas comunidades vivas, de organizaciones que hacen de los pobres sujetos de una sociedad justa y solidaria. Esto hace que

la iglesia todavía sea aquí la institución de mayor credibilidad e influencia en la sociedad.

Una postura crítica frente a la globalización, aunque sin ir a las causas

Hay un cuarto elemento del “pre-texto” a ser tenido en cuenta. Aun reconociendo valores en el actual proceso de mundialización, la conferencia de Aparecida adoptó una postura crítica frente a la actual globalización económica que se realiza a través de la hegemonía del mercado en el seno del sistema neoliberal. La globalización abre nuevas posibilidades para algunos, pero cierra puertas a la gran mayoría de la población y es responsable de los nuevos rostros de la pobreza, aquellos de quienes prescinde el mercado.

Sin embargo, a pesar de esta postura profética crítica, no se dieron las condiciones para ir a las raíces de la exclusión y relacionarla con el sistema liberal-capitalista actual, por más que muchas comisiones insistieran en ello.

En el fondo, se piensa que el sistema liberal-capitalista es reformable, cuando lo que urge es deslegitimarlo, pues profesa intrínsecamente, como dice Puebla, un ateísmo práctico. En la medida en que impide una real experiencia comunitaria, el sistema liberal-capitalista a largo plazo acabará haciendo el cristianismo inviable. Es-

to ya está ocurriendo, en cierta medida, en Europa donde la iglesia ya ha renunciado a buscar ser comunidad, y se ha resignado a mantener la fe en el corazón de las personas. Pero sin comunidad no hay iglesia. Más aún, no hay fe cristiana.

Una buena lectura de la realidad eclesial, pero sin autocrítica histórica

Por lo que toca a la realidad eclesial, el Documento hace un buen análisis de la situación actual de la iglesia, identificando con claridad y profecía los retos para la evangelización del continente. Presenta un listado de luces y sombras, aunque restringidas al momento presente. No hubo forma de que en el texto final entrase una autocrítica sobre la trayectoria histórica de la iglesia en el continente.

A este respecto, el *Documento de Participación* se limitó a identificar las luces. El texto de la *Síntesis* ni siquiera hizo esto, pues simplemente ignoró el pasado. Y lo mismo hizo *Aparecida*. Por lo que toca a la Asamblea, quizás influyó, aunque de modo indirecto, la postura del papa en su discurso inaugural, que posteriormente matizó ante la fuerte reacción especialmente de los indígenas y los negros. El papa reconoció que hubo sombras, provocadas por los colonizadores y condenadas en su día por la iglesia.

Con esto, se hizo muy difícil para la Asamblea abordar la cuestión en el Documento. Es de lamentar que se haya desaprovechado esta oportunidad histórica para saldar la deuda de la iglesia con los indígenas y los negros del continente, aunque ya ha habido algunas peticiones de perdón, pero muy tímidas.

EL “CON-TEXTO” DEL DOCUMENTO

Para una buena lectura de un texto hay que tener en cuenta además su “contexto”. Se comprende mejor un texto cuando se sabe quiénes fueron sus autores, con quiénes interactuaron y cómo trabajaron. Y no sólo eso. En la medida que quien lee un texto lo relee, crea nuevos sentidos. Los “receptores” de un texto también son “contexto” del texto.

El voto de los obispos, enriquecido por la voz de los invitados

Un primer criterio relativo al “contexto” es tener en cuenta que se trata de un documento del magisterio de los obispos latinoamericanos y caribeños, asumido y aprobado por ellos. Ellos eran los únicos con poder de voto, pero en sentido estricto el Documento no fue redactado sólo por ellos. En el

caso de la Asamblea de Aparecida más de la mitad de sus integrantes fueron no-obispos. No tenían voto, pero sí tenían voz. Hablaron mucho y fueron escuchados.

Al hablar del “contexto” tampoco se pueden olvidar los millares de personas que participaron en el proceso de preparación, enviando sugerencias o preparando textos de reflexión. Aunque indirectamente, también fueron voces que se hicieron oír en el seno de la Asamblea. No es exagerado, pues, afirmar que el documento es un texto de la iglesia de la América Latina y el Caribe, acogido y aprobado por los obispos, pero elaborado por una asamblea no compuesta solamente de obispos y, además, en interacción con una multitud de personas que participaron en su proceso de preparación. En este contexto debe ser leído el texto.

Una Asamblea en interacción con actores externos

Para entender el texto hay que tener presente que la Conferencia de Aparecida fue la primera asamblea realizada en la época del teléfono celular e internet, lo que permitía poder seguir desde fuera, casi simultáneamente, lo que acontecía en su interior. Fue además la primera asamblea realizada en un local público, el santuario de Aparecida. De este modo, los obispos y demás delegados de la Conferencia estuvieron en contacto directo con los peregrinos que visitaban el Santuario.

Por otra parte, el alojamiento de los participantes de la Asamblea en hoteles cercanos a la basílica permitió el contacto directo con actores externos, entre ellos teólogos asesores de conferencias episcopales nacionales y un significativo grupo de teólogos y otros técnicos reunidos por Amerindia, que organizó varios encuentros para diseñar estrategias, debatir determinadas cuestiones y lograr acuerdos. Fueron centenares las enmiendas elaboradas para mejorar el texto, en gran medida recogidas por la Asamblea a través de la proposición de sus miembros.

Tampoco se puede dejar de mencionar la fuerza simbólica del Foro de Participación de la V Conferencia, organizado por organismos de pastoral de la Iglesia en el Brasil. Fueron tres iniciativas significativas: el seminario latinoamericano de Teología celebrado en Pindamonhangaba bajo la coordinación del Consejo Nacional de Laicos; la romería de las comunidades eclesiales de base, de la Pastoral Obrera y de Juventud; y la tienda de los Mártires, en las márgenes del río Paraíba, con celebraciones, oficio de las comunidades y misa diaria durante las tres semanas de la Asamblea.

La autoafirmación de una conferencia latinoamericana y caribeña

Con el advenimiento de los *sínodos continentales*, parecía que

las conferencias generales de obispos de América Latina y el Caribe irían a formar parte de un pasado glorioso. Sin embargo, para celebrar los cincuenta años de la primera Conferencia de Río de Janeiro se mantuvo, aunque con dos años de retraso, el modelo de *conferencia*, que, por insistencia del CELAM, se realizó en nuestro suelo y no en Roma, como se había previsto.

En seguida comenzó la etapa de preparación, por cierto con poca impronta latinoamericana y caribeña, y con algunas posturas preconciliares, en especial en la eclesiología, cristología y misionología. Las comunidades que participaban en la preparación y otros organismos eclesiales hicieron oír su voz reafirmando la perspectiva conciliar y latinoamericana. Surgieron, entonces, los filtros y recortes a la voluntad de la mayoría, como se puede comprobar en el texto de *Síntesis de las Contribuciones Recibidas*, al que no se quiso denominar “documento de trabajo”. Hubo igualmente filtros en la designación de los “invitados” de los diversos países, sobre todo en lo referente a los teólogos. Y también llegaron a la Asamblea 17 miembros de la curia romana.

Sin embargo, para sorpresa de los sectores más abiertos, la Asamblea se hizo oír, marcó la pauta y reivindicó sus esperanzas y sueños. Se esperaba un debate acalorado, pero no lo hubo, debido sobre todo al tono conciliador de la presidencia del CELAM.

Las puertas abiertas por Benedicto XVI en su discurso inaugural

Otro factor importante para que la Asamblea pudiese reafirmarse en la perspectiva de la tradición latinoamericana y caribeña fue el discurso inaugural de Benedicto XVI. Sorprendentemente, el papa no ayudó a los sectores conservadores, más bien abrió puertas a los sectores más comprometidos con las causas de los pobres. Benedicto XVI comenzó hablando de la fe cristiana que viene “animando la vida y la cultura de nuestros pueblos” desde hace más de 500 años. Hoy, dijo, la iglesia en América Latina y el Caribe se enfrenta a “serios desafíos”, como una globalización sin equidad y “un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad” y de la propia “pertenencia a la iglesia católica”. Esto pone “en juego su desarrollo armónico y la identidad católica”. Estamos ante una “encrucijada”, expresó el papa, que nos remite a Jesucristo, de cuya fuente “podrán surgir nuevos caminos y proyectos pastorales creativos”. Es Él quien nos da vida plena, lo que no es intimismo y fuga del mundo, al contrario. Como discípulos y misioneros nos impulsa a “promover una cultura de la vida”. Esta tarea implica “un programa general”, respaldado por un “consenso moral de la sociedad”, según la *recta ratio* y no las ideologías, pues “las estructuras justas son una condición sin la cual no es posible un or-

den justo en la sociedad”. El trabajo político “no es competencia inmediata de la Iglesia”, que debe respetar “una sana laicidad”, porque, de lo contrario, perdería la independencia en su “vocación fundamental de orientar las conciencias, ofrecer una opción de vida más allá de lo político” y ser “abogada de la justicia y de la verdad”.

Para el papa, otros campos prioritarios de la acción son la familia, los presbíteros, los religio-

sos (as), los laicos y los jóvenes, y la pastoral vocacional. El texto concluye con una bella oración, inspirada en la experiencia de Emaús, invitando a Jesús a quedarse con nosotros, en especial, “con aquellos que en nuestras sociedades son más vulnerables... con los indígenas y afroamericanos, que no siempre han encontrado espacios y apoyo para expresar la riqueza de su cultura y la sabiduría de su identidad”.

EL “TEXTO” DEL DOCUMENTO

El “pre-texto” y el “con-texto” nos llevan al Documento de Aparecida. Es cierto que, a fin de cuentas, lo que debe ser “recibido” es el acontecimiento de la V Conferencia, pero lo que ha quedado para ser interpretado es el rico texto que produjo la Asamblea. Como nuestro propósito es ofrecer criterios de lectura, no vamos a presentar el contenido del texto. Nos limitaremos a llamar la atención sobre algunas características del texto que deben ser tenidas en cuenta en su lectura e interpretación con vistas a su “recepción”.

Un texto fruto de acuerdos, no siempre consensuados

Documentos como el de Aparecida, por ser fruto de una asamblea pluralista y de la convergencia de diversas tendencias y sensi-

bilidades, inevitablemente están marcados por contradicciones. Pero hay afirmaciones hegemónicas que recorren todo el documento y forman parte del espíritu del texto, y hay afirmaciones residuales que entraron en el texto para que otras posiciones pudieran ser mantenidas. Pero no expresan el espíritu del texto.

En líneas generales, el documento es bastante homogéneo. Es cierto que en algunos temas no hubo manera de evitar compromisos entre la mayoría y una minoría que controlaba ciertas instancias de decisión, pues no todo fue votado en plenario desde el inicio. Así, para que las comunidades eclesiales de base pudieran entrar en el Documento como “lugar de estructuración inicial de la iglesia”, el texto incluye también la relevancia de los movimientos. Para que se pudiese volver al método ver-juzgar-

actuar, se tuvo que aceptar que el análisis del ver comenzara con una profesión de fe. Para que la mujer pudiese aparecer destacadamente como protagonista en la iglesia y en la sociedad, también se tuvo que afirmar su papel en el hogar como madre de familia. Para que se pudiese reconocer el profetismo y la inserción de la vida religiosa en los medios más pobres, se tuvo que reconocer la importancia de las “nuevas comunidades de vida”, etc.

Estos contrapuntos son claramente residuales y no reflejan el espíritu del texto, tal como precisa el mismo documento. Por ejemplo, al hablar de la importancia de los movimientos, el texto anota que “no siempre se integran en la pastoral parroquial y diocesana”. Por lo que toca al discernimiento de la realidad, afirman los obispos que “nos sentimos interpelados a discernir los ‘signos de los tiempos’ a la luz del Espíritu para ponernos al servicio del Reino”. Por lo que toca a la mujer como “ama de casa”, el texto insiste en que es necesario superar una mentalidad machista, “urgiendo que todas las mujeres puedan participar plenamente en la vida eclesial, familiar, cultural, social y económica, creando espacios y estructuras que favorezcan una mayor inclusión”. Por lo que toca a las “nuevas comunidades de vida”, el Documento afirma que “el Espíritu Santo sigue suscitando nuevas formas de vida consagrada en la iglesia, las cuales necesitan ser acompañadas... con un discernimiento serio y pon-

derado sobre su sentido, necesidad y autenticidad”.

En conclusión, *movimientos, familia y nuevas comunidades de vida* no son los sujetos hegemónicos del *Documento de Aparecida*, tal como se temía antes de la Asamblea. Al contrario, las iglesias locales, organizadas en parroquias, son las que necesitan ser renovadas en sus estructuras mediante su sectorización en áreas menores. Y dentro de los sectores, hay que dar un nuevo impulso a las comunidades de base, organizando en su seno “comunidades de familias”.

La recuperación del método inductivo de la *Gaudium et Spes*

Una segunda característica del texto es que está estructurado según el método ver-juzgar-actuar: “La vida de nuestros pueblos hoy” (primera parte), “La vida de Jesucristo en los discípulos misioneros” (segunda parte) y “La vida de Jesucristo para nuestros pueblos” (tercera parte).

Esta recuperación del método inductivo fue uno de los puntos de tensión en la Asamblea entre una mayoría que lo reivindicaba y una minoría que se resistía. El *Documento de Participación* ignoró este método, que ha sido ampliamente practicado por la iglesia en América Latina y el Caribe, acostumbrada a comenzar con un discernimiento de la realidad del

mundo y de la iglesia, confrontarlo con las luces de una revelación contextualizada en el hoy y, desde ahí, encontrar directrices y respuestas pastorales. Por eso las iglesias locales reaccionaron ante ese documento. Algo parecido ocurrió con la *Síntesis de las Contribuciones Recibidas*. La realidad no era escuchada en su autonomía ni incidía en ningún momento en la captación de la revelación, que es lo que permite actualizar el mensaje en el contexto actual.

Finalmente, la Asamblea reafirmó la necesidad de rescatar el método. Sin embargo, la *primera versión* del Esquema general del Documento, elaborada por la comisión de redacción, era totalmente deductiva y ni llegó a ser presentada en el plenario. La *segunda versión*, hecha con base a una propuesta del presidente del CELAM, que recogía las contribuciones de la Asamblea, retomó el método ver-juzgar-actuar. Fue votada y aprobada.

Por lo que toca a la secuencia del método, en la tercera redacción, el primer capítulo de la segunda parte relativa al “juzgar” (una especie de profesión de fe), fue desplazado a la primera parte, dedicada al “ver”. Quedó convertido así en un primer capítulo con anterioridad al ver la realidad social y eclesial. Y así quedó. Ni siquiera el recurso de *petición de importancia*, presentado por presidentes de conferencias episcopales, consiguió que fuese puesto a votación.

Es evidente que esto no compromete el método ver-juzgar-actuar, pero puede permitir diluirlo: se empieza viendo la realidad, pero desde la fe, lo que significa mantenerse en la perspectiva de la cristiandad, de irrespeto a la autonomía de lo temporal y de miedo al mundo y a lo diferente. En realidad, esta postura confunde realidad y diagnóstico de la realidad.

Argumentan algunos que ir a ver la realidad con las ciencias es correr el riesgo de ideologizarla. Sostienen que se debe ir a ella con fe, con teología. Pero la realidad no es objeto inmediato de fe y de teología. Si se observa inmediatamente desde ellas quedará igualmente ideologizada, espiritualizada. En teología, el conocimiento de la realidad sólo puede ser mediado por las ciencias. La solución no consiste en renunciar a las ciencias, sino en establecer criterios para escoger el instrumental analítico más adecuado para entender la realidad. Y aquí entra la fe. Pero entra como un presupuesto para escoger un método adecuado, no para sustituir a la ciencia y su autonomía.

Los grandes ejes o temas transversales del Documento

Para la comprensión del Documento es importante conocer sus grandes ejes o temas transversales. Ellos dan homogeneidad al texto, haciendo de él un todo, si no enteramente armonioso, sí al menos ló-

gico. Veamos los principales:

Vida en abundancia en un mundo bueno, aunque globalizado y excluyente. El tema de la Vida, la “vida en abundancia” que Jesús vino a traer, en cuanto presencia del Reino de Dios en la historia, constituye el núcleo del tema y del texto del Documento. La globalización actual amenaza la vida de las personas y de la naturaleza. En el Documento la vida humana es defendida desde el inicio hasta la muerte natural. Y, junto a la vida, aparece la defensa de la biodiversidad, que debe ser “cuidada” y “usada”, antes que poseída, para la promoción de la vida de todos.

Discípulos misioneros de Jesucristo. El don de la vida de los seres humanos, hechos hijos de Dios en el Hijo, creados a su imagen y semejanza, es un regalo para ser compartido y que debe transformarse en misión. Jesús nos envía a defender y promover la vida de todos, expresión del Reino de Dios. La vocación al discipulado es “con-vocación” a la misión.

Discípulos misioneros en la iglesia, sacramento del Reino. El discipulado misionero no es una tarea voluntarista de personas dispersas, sino que se lleva a cabo en el seno de una comunidad concreta, su iglesia. Por eso el núcleo de su mensaje es una iglesia en estado permanente de misión, compuesta de discípulos que se convierten en defensores y promotores de la “vida en abundancia” que Je-

sús vino a traer al inaugurar el Reino.

Una iglesia animada por el Espíritu, comunidad de pequeñas comunidades. La experiencia de comunión en la iglesia exige comunidades de tamaño humano, cuyo modelo son las comunidades eclesiales de base (CEBs). Para ello es insustituible la renovación de las estructuras de la parroquia, por medio de su “sectorización en unidades menores y la constitución, dentro de los sectores, de “comunidades de familias” para fomentar la vida en comunidad y responder a sus problemas concretos.

Discípulos misioneros en una iglesia inserta en el mundo. La misión lleva al “corazón del mundo”. No es una fuga hacia el intimismo, ni el abandono de los grandes problemas sociales y políticos de la América Latina y del mundo, ni una fuga de la realidad hacia un mundo exclusivamente espiritual, como muy bien lo expresó Benedicto XVI. De ahí la tarea prioritaria de contribuir con otros en la dignificación de todo ser humano, colaborando con organismos e instituciones para organizar estructuras más justas en los órdenes nacionales e internacionales.

En un mundo predominantemente urbano. Hoy, el 80% de la población de América Latina y el Caribe vive en la ciudad. “Las grandes ciudades son laboratorios de la cultura contemporánea”, con un nuevo lenguaje que se extiende

también al mundo rural. “El anuncio del Evangelio no puede prescindir de la cultura actual. Ésta debe ser conocida, evaluada y, en cierto modo, asumida por la iglesia”.

Las novedades del Documento

La grata sorpresa del Documento es que la iglesia en América Latina y el Caribe no “pasó página” hacia atrás. Reafirmó la opción por los pobres, las CEBs, el método ver-juzgar-actuar, las intuiciones elementales de la teología latinoamericana y caribeña, etc. Eso, por sí solo, en la difícil coyuntura actual, tanto de la iglesia como de la sociedad, ya sería una novedad. Con todo aún fue mayor la sorpresa que el Documento haya “pasado página” hacia delante. Al menos cinco puntos merecen mención.

Una iglesia en estado permanente de misión. El Documento no habla de discípulos “y” misioneros, sino de “discípulos misioneros”. La misión “no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana”. Con esto, la propuesta de la “misión continental” perdió fuerza. No hay iglesia fuera de las iglesias locales. Por ende, una misión por encima de ellas sería antieclesial.

Una misión no exclusiva, en perspectiva mundial. La promoción de la “vida en abundancia” no

es una misión exclusiva de la iglesia, sino que debe ser llevada a cabo en colaboración “con otros organismos e instituciones para organizar estructuras más justas en los órdenes nacionales e internacionales”. La iglesia no tiene el monopolio de la caridad, la justicia y la paz y, por otra parte, éstas sólo serán posibles en la medida en que sean el resultado de una acción concertada de todas las “personas de buena voluntad” a un nivel global.

La pobreza como mundo de la insignificancia. Entre los rostros que sufren, el Documento nombra las comunidades indígenas y afro-americanas, mujeres excluidas, jóvenes, desempleados, emigrantes, niñas prostituidas, millones de personas que pasan hambre, dependientes de las drogas, víctimas de la violencia, ancianos y presidiarios. Para el Documento, los “excluidos no son solamente ‘explotados’, sino ‘sobrantes’ y ‘desechables’”, no son sólo empobrecidos. Esta inclusión de los “desechables” implica reconocer y denunciar un cambio estructural de la sociedad, en la medida en que, en sus estructuras actuales, no caben aquéllos.

Los que se van para otros grupos cristianos no es tanto que quieran salirse de la iglesia, sino que están buscando sinceramente a Dios. Los motivos no son doctrinales, sino vivenciales; no son dogmáticos, sino pastorales; no son teológicos, sino metodológicos de nuestra iglesia. Consecuentemen-

te, la solución no consiste en disputarse el mercado, porque “la iglesia crece no por proselitismo sino por atracción... de la fuerza de su amor”. Y constata que “donde se establece el diálogo disminuye el proselitismo”. Por eso la iglesia católica debe reforzarse alrededor de cuatro ejes: una experiencia religiosa personal, la vivencia comunitaria, la formación bíblico-doctrinal y el compromiso misionero de toda la comunidad.

El protagonismo de la mujer. El documento de Santo Domingo había proclamado el “protagonismo de los laicos” en la evangelización. Aparecida proclama el protagonismo de la mujer. En el

Documento se reconoce el hecho de que un porcentaje significativo de varones en América Latina y el Caribe se ha mantenido más bien al margen de la iglesia, lo cual cuestiona fuertemente el estilo de nuestra pastoral convencional. Por ello hay que favorecer la activa participación de los varones en la vida de la iglesia. Sin embargo, entre las acciones pastorales también urge “impulsar la organización de la pastoral de manera que... promueva el más amplio protagonismo de las mujeres”, garantizando “la efectiva presencia de la mujer en los ministerios que en la iglesia son confiados a los laicos, así como también en las instancias de planificación y decisión”.

CONCLUSIÓN

Como se puede ver, la V Conferencia es más que el Documento de Aparecida. Éste es un texto para ser leído y “recibido” en toda su riqueza, necesita ser puesto en estrecha relación con su “pre-texto” y su “con-texto”. En ellos se encuentra el espíritu del texto, sin el cual el Documento se vuelve letra muerta.

Contamos con una fuente inspiradora y directrices audaces. Serán el alma de la acción evangelizadora en el continente al menos

durante los próximos diez años, cuando, allá por el año 2018, en el cincuentenario de Medellín, podrá realizarse la VI Conferencia. Todo dependerá de la decisión con que Aparecida “sea recibida” en la práctica, poniendo a producir sus directivas en una acción evangelizadora concreta. Tenemos en nuestras manos una rica fuente de reflexión que podrá generar acciones capaces de hacer que la iglesia sea realmente sacramento de la eternidad en la precariedad del tiempo presente.

Condensó: JOAQUIM PONS ZANOTTI